

aurora boreal, que casi casi alumbra la isla de Santa Elena antes de la catástrofe de Napoleón.

Antes, mucho antes de oír siquiera un sólo disparo de cañón inglés ó francés, ya Víctor Hugo ha destacado ejércitos de filosofías, condenatorias contra Napoleón. Víctor Hugo vence, rinde á Napoleón antes que Wellington. Quien quiera leer con interés el desastre de Mont Sain Jean, debe taparse los oídos por cuanto á la palabra fatídica de Víctor Hugo entonando el miserere de Napoleón.

Y ciertamente que así sucede: ¿qué es Waterloo, después del desarme, más bien que el desarme la rendición de Bonaparte ante la magestad del destino libertador? Que es aquel abismo de fama, de gloria, de pericia, de inmensurabilidad, ante el decreto providencial, expresado por aquel bocablo irrevocable de Dios: *laissez passer! laissez faire!* Cuando el soberbio inspirado, (Víctor Hugo) ha convencido á uno de que Napoleón ha de caer, quiera ó no quiera; cuando ha visto uno y ha palpado la razón suficiente y necesaria de su abatimiento, cuando todas las trompetas del cataclismo francés han sonado roncadas y lúgubres; cuando ha hecho á fuerza de razonamientos, nacer en uno la razón del forzoso trágico desenlace; cuando los cantos de la libertad surgen de la misma Francia para anunciar con sus robustas notas la llegada del Dios Libertad á los campos de Waterloo, más que á los campos de Waterloo, á los campos de Europa, más que á los campos de Europa, á los confines todos de la tierra; cualquiera que sea el lector, ignorante ó instruido, de pequeño ó de grande ánimo, después de la contundencia de Víctor Hugo, el lector siente necesidad de reposar, casi, casi diríamos, de reponerse, restañar, de coger respiración. Y ya que se dá cuenta de sí mismo, ya que repasa psicológicamente lo que Víctor Hugo filosóficamente recorrió ante sus ojos, entonces ya no quiere ir á Waterloo y se esquivo ó lo hace con alma de entristecido derrotado, mejor que como

espectador de un colosal combate: la batalla ha sido antes; no contra ingleses y prusianos, sino del lector contra las filosofías inflexibles de Víctor Hugo.

El gran pensador francés, demuestra, antes que describe. El dice que Napoleón no puede triunfar, no solo que no puede triunfar, sino que tiene que ser abatido: Mont Sain Jeant, tiene un doble significado; es una cima y un fondo; como cima, es el plano horizontal del astro rey que llega, la Libertad; como fondo, es la urna de un gigante que muere, la dominación francesa.

A Napoleón Bonaparte no le mató nadie. Él sólo se consumió; los ingleses no hicieron más que ponerlo en quietud, por un procedimiento muy sencillo, el aislamiento; le negaron conexión y con eso bastó. ¿Qué hizo Francia para extraerle de la isla de Santa Elena? no hizo nada ni debía hacer, porque los pueblos tienen como los profetas tenían, un momento de iluminación ese momento de iluminación para Francia ardió en Waterloo.

La isla de Santa Elena, desempeñó un papel inmensamente grandioso, fué lo incontrastable por rigurosa predestinación filosófico-moral. Antes de la captura de Napoleón, por todas partes se iba á Santa Elena; desde la prisión de Bonaparte, por ningún sendero se iba á la isla; era que la redimida Europa no dejaba de correr la palabra y eternamente se oía este grito ¡CENTINELA ALERTA!

Lo que hemos dicho de Víctor Hugo respecto de Waterloo, cabe decir de Prim, con relación á Puebla aunque Prim no fué tan filosófico como Hugo. El había dicho ya como lo hemos visto en su carta que Lorences no tomaría á Puebla, ni mucho menos á México, teniendo solamente el efectivo de ejército que había en Veracruz con los comisarios europeos. Clara y terminantemente había dicho que se necesitaban 20,000 soldados más.

Y así sucedió. Lorences intentó, ejecutó operaciones y Zaragoza rechazó y venció.

En cuanto á todo lo demás, quiere decir, en cuanto á todo lo que sucedió después del 5 de Mayo en Puebla, confirmóse parte por parte lo predicho por el conde de Reus.

Dejamos á Inglaterra y á España levando anclas para retirarse y á Francia continuando el atentado de intervenir en los asuntos de soberanía mexicana.

El asunto demandaba ya los procedimientos ulteriores; ya todos sabían qué se iba á hacer y natural era que todó mundo se preguntase también qué haría Juárez.

El Gobierno constitucional por su parte, había tomado la única resolución que quedaba á un pueblo soberano é independiente que ama de corazón sus derechos y prerrogativas, su integridad y personalidad; esto es, había resuelto rechazar la fuerza con la fuerza antes que doblar la cerviz á la ignominia de la intervención francesa.

¿En qué circunstancias hallaba á la República aquella intervención armada? en las más deplorables y desastrosas. La nación dividida, desorganizada, arruinada por todas partes ríos de sangre; paralizada la industria, el comercio, la agricultura; en resumen, se hallaba en el estado que produce la guerra, en la situación que engendran la matanza por su parte y el trastorno del orden público por la suya.

Los principios habían luchado unos con otros; las ideas se habían acometido, las doctrinas se habían disputado el campo de la vitalidad y ciertamente que algo había sido vencedor y algo vencido; alguien triunfante y alguien derrotado. Ese algo había sido por razón de triunfo, la democracia; por razón de abatimiento, el despotismo conservador.

Las ideas nuevas, no las renovadas, sino las desconocidas, las que no se habían presentado aún en el campo de la lucha política, diremos, la implanta-

ción de la Reforma, había costado mucha sangre, mucho dinero, mucha actividad, muchas vidas. Al organismo nacional, faltábale calor, faltábale elasticidad, faltábale fuerza, acierto, pulso, serenidad etc. etc.

La intervención llamaba casi casi á las puertas de un panteón más bien que á las puertas de un pueblo exhuberante de vida. Podía decirse que todos estaban divididos y de ahí la debilidad nacional; todos estaban gastados y de ahí la pobreza nacional. Por eso mismo la perspectiva no era uniforme; para unos la intervención era la felicidad; para otros, el infortunio; unos creían estrechase con la vida abrazándose á las potencias interventoras; otros sentían un estrechamiento de muerte juntándose al pecho de las potencias reclamantes.

Juárez; ¡Oh! Juárez, tenía el ojo suficientemente limpio para ver enteramente aquel cuadro que se llamaba situación nacional.

Juárez sabía cual era el pasado, cual era el presente y descubría con precisión matemática cual sería el porvenir.

¿Qué era lo que de pronto se necesitaba? resistir; después perseverar, en seguida repeler, luchar, y por último vencer, y por coronamiento castigar.

Cuando Francia había resuelto quedarse para derrocar nuestras instituciones usurpando nuestra soberanía, Juárez y la Patria lo mismo eran dos potencias que dos peticionarios; Juárez pedía á la patria y la patria pedía á Juárez, sólo que la petición de de la patria era más feroz, mas formidable, más tremenda; esa petición hacía temblar, porque Juárez no podía decir á la patria "muérete pero sálvame." en tanto que la patria si podía decir al Benemérito: "si cien vidas tienes, cien vidas debes sacrificar para salvarme." Hé ahí definido el papel de Benito Juárez.

Por eso el Benemérito estuvo sereno, tranquilo, inmutable, enhiesto. El sabía que la patria le pediría lo que él pudiera hacer, que era á lo

que estaba obligado. Por eso Juárez pidió soldados á la patria, y ella le dió los que pudo darle, no los que señaló con guarismos imposibles en el pizarrón de la locura la mano atrevida de Don Francisco Bulnes.

Cuando se trata del cumplimiento del deber, ni hay que pedir más de lo que se puede ni arrojar responsabilidades sobre las conciencias que no se han manchado con la mala fé.

Juárez consagrado á la defensa nacional, no puede ser tachado ni de indolente ni de inepto porque no haya llevado á la lucha por la patria, contingente superior á los que cuenta Bulnes que llevó Santana en la guerra de 47.

Bulnes no ha medido el contingente con las circunstancias, por más que él mismo se declara vencido en el parangón que establece entre Juárez, y Santa-Anna y Miramón. Dice que Juárez como organizador fué de talla pequeña comparado con los dos personajes citados, sin comprender que en el caso de uno y otros, eran diversas las circunstancias. Si Santa-Anna, por ejemplo, como lo dice el mismo Bulnes, no era tan probo, ni tan valiente, ni tan leal, ni tan patriota como Juárez, claro está, que si suponemos sin malicia que el contingente de Juárez haya sido menor, claro está decimos, que no fué ni por falta de probidad, ni de lealtad, ni de valentía, ni de patriotismo, sino dependiente de otras causas, entre las que figuran como principales, la desolación, el cansancio y la división de la patria. Juárez no podía dar patriotismo á los mexicanos que se adherían á la intervención: del 61 al 67, hacer soldados era la gran cuestión; más para hacer soldados, faltaba el gran progenitor, que era el espíritu patriótico, resplandeciente, palpitante, digno, resuelto: entre los mexicanos, que era entre quienes debía organizarse el ejército, había muchos traidores, muchos cansados, muchos agotados, muchos cobardes, muchos indiferentes, muchos clericalizados, lo cual significa que todos ellos eran

bajas en el ejército liberal. Para la espontaneidad militar de 1861 á 1867, no bastaba ser patriota necesitábase además ser liberal. Y era claro, la intervención trafa el imperio, es decir, el cambio de instituciones, el triunfo de la causa conservadora, lo cual no pasaba en el 47, por lo cual Santa Anna, no pudo tener las dificultades que Juárez. Hé aquí que bien considerados, filosóficamente analizados los contingentes de Santa-Anna en el 1847 y el de Juárez en 1862, fué superior el de Juárez, porque las dificultades de organización se habían centuplicado para Don Benito. La nación dividida, prostrada, exangüe, necesitada; el patriotismo enfermo; la duda mordiendo el corazón de la esperanza; la traición envenenando el alma de muchos malos mexicanos; hacían crecer el tipo del valor de organización del ejército, al grado de que cada soldado de Juárez, valía por dos ó más de Santa-Anna. Si Bulnes no lo ha visto así, es porque le falta la lógica de la relatividad, por lo cual un vaso de agua en un desierto, no tiene igual estimación que un vaso de agua en un lugar refrigerado y en tiempo de lluvias; ni se aprecia lo mismo un rayo de sol en día resplandeciente, que en día nebuloso. No vale lo mismo un pedazo de carne en el abasto de la abundancia que en el mercado de la carestía. Bulnes mismo obedece á la ley de la relatividad, aunque no se dá cuenta de ello. Dice que Santa-Anna, presentó á los americanos 42,000 hombres de combate y asienta luego que Juárez tenía en 1861, 11,149 soldados liberales, esperando la intervención y que el 4 de Mayo de 1862 no había en Puebla esperando á Lorences más que 9,032 soldados. ¿Por qué había disminuido la cifra del ejército? pues porque habían aumentado las causas de la desorganización nacional. Los imperialistas aliados con el clero, lisonjeaban, adulaban, prometían y recompensaban, y naturalmente que el total del ejército compuesto de masas de hombres accesibles á las promesas, lisonjas, adulaciones y recompensas, te-

nfa que resentirse de esa maléfica influencia... De la cifra de ejército en disminución, deduce Bulnes la inactividad de Juárez, lo cual ni para el mismo Bulnes puede ser cierto, á no ser que hable como un loco ó un apasionado puesto que antes ha dicho, que Juárez era *probo, valiente, leal y patriota* y si Juárez reunía esas cualidades, dicho se está que repele por su constitución personal, la inercia. Bulnes no tiene razón filosófica, sino razón de animosidad: analicemos. ¿Será leal un sujeto que falta á la lealtad? no: ¿será probo quien falta á la probidad? no: (y en cuanto á este concepto, es mayor la aberración contradictoria de Bulnes,) veáno Uds. *Probidad, significa, bondad, rectitud de ánimo, integridad y honradéz en el obrar.* Ahora bien, puede ser probo quien no es honrado y recto en el obrar? no; puede ser probo en el obrar quien no obra? nó; puede ser probo en la defensa de la patria, quien no obra actualmente en esa defensa? nó. Luego si Juárez era un hombre probo, según lo dice Bulnes, evidentemente que procedía con toda *honradéz* en la defensa de la patria: luego no es verdad que haya sido inactivo ó indolente en esa defensa; porque la *inercia* y la *indolencia* manifiestan falta de probidad: es así que Juárez era probo, según el Señor Bulnes, luego ni fué inerte, ni inactivo, ni indolente en la defensa de la patria.

Sucede en las circunstancias y situaciones violentas, que todos quieren la violencia del momento; los instantes que pasan miden la actividad del agente pero tambien demuestran la ligereza de los espectadores y la serenidad del heroísmo. Juárez obraba siempre dentro de las circunstancias y de los acontecimientos, pero en ejecución posterior al desideratum de los presipitados y violentos; ¿De háf que muchos hallaban poca resolución y poca actividad en lo que constituía la meditación y exploración de los acontecimientos, para obrar en mayor consonancia con ellos y en términos más seguros para el porvenir.

Como quiera que haya sido, dejamos pues á Juárez resuelto á defender á su patria. Ante esta resolución que debía ejecutar, surgían tres medios de defensa, quiere decir, tres maneras de obrar en la campaña de resistencia que debía la nación oponer á las fuerzas francesas; he aquí las formas. O se resistía y rechazaba á los franceses por batallas campales ó por fortificaciones ó por el decantado sistema de guerrillas de que tanto habla Bulnes en su obra. La batalla campal, era una derrota segura para nuestro pequeño ejército carente de la instrucción y disciplina necesarias para luchar con los primeros soldados del mundo. El sistema de guerrillas, era tambien una derrota segura, puesto que no se logra con él más que hostilizar y molestar al enemigo; quedaba pues la resistencia, por plazas fortificadas: eso fué lo que hizo Juárez; presentar á Lorences en la ciudad de Puebla, la primera escena de defensa en plaza fortificada defendida por el invicto General Ignacio Zaragoza.

Y positivamente, que Juárez no podía, ó nó pudo hacer otra cosa. Las miradas de la Nación caían todas sobre la conducta del patricio, mirando y estimando su comportamiento. Despues del llamamiento que Juárez había hecho á los hijos del país, para concurrir á la defensa, no cabían medios equívocos ni perezosos. Juárez se habría perdido y habría perdido á la patria si se hubiera andado con medias tintas, procediendo como juego infantil con las famosas guerrillas de Bulnes: desde luego á la provocación altanera y jaetanciosa de Napoleón III, debía Juárez responder con dignidad, con valor, y entereza, entrando al circo de la lucha, no con payasadas ni con temblores de piernas, sino con actos serios y propios desde luego para manifestar virilidad y presencia de ánimo en el país.

Juárez se habría perdido, volveremos á decir, si hubiera obrado conforme á los planes de defensa aconsejados por Bulnes; porque si en lugar de ope-

ner la defensa por plazas fortificadas, hubiera resuelto rechazar por guerrillas, indefectiblemente que la Nación habría mirado en ello, una especie de burla burlando en Don Benito, incapaz de defender á la patria y quien sabe si hasta le hubieran visto los mexicanos como cómplice de aquella usurpación,

He aquí pues, que la defensa de Puebla como primer acto de la resistencia nacional hecho tal como lo hicieron Juárez é Ignacio Zaragoza, fué lo que las circunstancias y el patriotismo de entonces exigieron; cualquiera otra defensa hubiera sido contra lo indicado.

Ya lo vimos justificado por la aceptación de los defensores de la patria; por toda la parte nacional fiel al Gobierno legítimo de Juárez.

Todo el mundo se regosijó por la gloriosa acción de armas del 5 de Mayo de 1862. El nombre de Zaragoza, repercutió por todos los ámbitos de la República; el patriotismo y la virilidad, lo mismo que la manera de obrar de Juárez, fueron aplaudidos: la Nación cobró aliento y ratificó en Juárez la suprema dirección de la defensa nacional hecha por el patricio benemérito.

Bulnes no quedó contento ni satisfecho con el triunfo de Zaragoza y de Benito Juárez, porque este Señor crítico no está contento con ninguna página de la historia mexicana; contento habría quedado del 5 de Mayo de de 62, si los franceses hubieran derrotado á nuestros patriotas luchadores porque en tonces sí habríase confirmado la altamente científica afirmación de Bulnes, de que los mexicanos jamás podrían luchar con los primeros soldados del mundo; Bulnes tiene el corazón muerto en materia de patriotismo! El 5 de Mayo de 1862. es para México motivo de regocijo, en tanto que para Bulnes es un terrible torcedor. El patriotismo hizo del Señor ingeniero Bulnes, lo que Jesucristo de la famosa higuera.

APÉNDICE.

CONTIENE LO MÁS IMPORTANTE QUE PUBLICÓ LA PRENSA DE LA REPÚBLICA, CON MOTIVO DE LA OBRA DE DON FRANCISCO BULNES, TITULADA:

→* EL VERDADERO JUÁREZ *←

—Y—

LA VERDAD SOBRE LA INTERVENCIÓN
Y EL IMPERIO.
